

Estas páginas son la carta de presentación de la Comisión de Enlace de Buenos Aires, de CONVERGENCIA, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano.

Decimos lalengua, el significante que mejor da cuenta de nuestra práctica, pues remite al espíritu de aquello que nos es común a todos los analistas y con lo que todos debemos vérnosla: el enlace entre cuerpo y lenguaje.

Lalengua apunta a tender un lazo hacia la comunidad psicoanalítica, a fin de poner a trabajar el malestar que como seres hablantes nos habita. Convencidos de la dificultad promovemos el intercambio y la deposición del narcisismo de las pequeñas diferencias, contribuyendo a la pervivencia del psicoanálisis.

Cada una de las Instituciones y Escuelas que componen este espacio anhela hacer pasar a las siguientes generaciones el discurso del Psicoanálisis de la forma menos banal: no como saber académico sino como práctica de discurso.

En este sentido queremos que este espacio sea expresión y consecuencia de nuestra relación al discurso del que somos deudores.

En consonancia con el retorno a Freud propuesto por Jacques Lacan, presentamos en este primer número dos trabajos del Primer Congreso Argentino de Convergencia, que tuvo por inspiración la articulación PSICOANÁLISIS, LAZO SOCIAL Y ADVERSIDAD.

COMISION EDITORIAL

## Psicoanálisis y ciencia en la escena social

Roberto Harari

¿Implica la ciencia alguna perversión en la escena social? Puede parecer abrupta y prejuiciosa la introducción de este interrogante. Sin embargo, cabe afirmar que la ciencia constituye nuestra religión secular, en la cual –bastaría con interrogar a cualquiera– todo el mundo cree con fervor acritico. Como en la religión, se cree en ella, sin parar mientes en las eventuales pruebas confirmatorias. Es que, en efecto, si alguien se atreviese a no creer en ella, se dudaría acerca de su estabilidad emocional. ¿Cómo un hablante de nuestros tiempos no habría de creer en la ciencia? Por lo tanto, si es una creencia, esto indica ya la vigencia de una actitud renegatoria a su respecto. Y la renegación, como sabemos, constituye el operador definitorio de la perversión, más allá de las conductas y/o de las actividades sexuales en juego. Además, la fuerza con la cual se atesora la creencia, y mediante la cual esta se erige en un cabal baluarte, en un bastión inmovible, radica en su contestación, cuando no en su recusa, de la castración.

La ciencia experimental –la ciencia, si se quiere, más clásica– realiza sus experimentos y comunica sus resultados con la condición de poner entre paréntesis a sus hacedores. Ello vale en cuanto a la *aplicación*, en cuanto a los *productores* –ya que el productor desiste de su condición subjetiva, de su portación de nombre, para poder hacer de lo obtenido un producto colectivo –, y, por supuesto, en lo referente a los *objetos producidos* (en el sentido de la operancia de la tecnociencia).

Otro punto decisivo de la ciencia es el cuestionamiento y la duda incesante respecto de sus resultados. Por lo tanto, en la ciencia siempre rige implícitamente, se lo reconozca o no, se lo sepa o no, la noción de avance. Es decir que hay una creencia en el progreso y por otra parte –este es uno de los puntos decisivos– un resituar y hacer circular los cuerpos de los hablantes en función de los predichos resultados. Podemos tomar un ejemplo simple de nuestra cotidianeidad: la computación –que es, en efecto, un producto de la tecnociencia, una aplicación de la ciencia–, donde de continuo se apunta tanto a la volatilidad de sus resultados cuanto a la prontitud del envejecimiento y del consiguiente descarte de los elementos instrumentales.

En ese sentido la ciencia, paradójicamente, es una perversión religiosa que comporta al mismo tiempo tanto la pèrversion sostenedora de un padre humillado –aquel que, de modo incesante, pone en acto su caducidad y su limitación y, por qué no, hasta su impotencia–, tanto la del padre humillado, decía, como la de otra pèrversion sinérgica: la del Uno omnipotente, que puede –hipotéticamente– llegar al más pleno de los dominios de lo Real. Mas quien, por lo mencionado, no deja de ser, al unísono, el insoslayablemente amenazado por la aludida impotencia.

El tiempo propio de la puesta en acto de estas pèrversiones de la ciencia no condice con ninguno de los ya clásicos tres tiempos lacanianos: ni es el del instante, ni es el del “tiempo” –en el sentido del tiempo para comprender–, ni es el del momento. ¿Cuál sería, entonces? El *tiempo del vértigo*, de la vertiginosidad, de un giro que, permanentemente, pone en acelerada cuestión los resultados obtenidos. Un *tiempo torbellinario*, en suma.

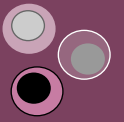
¿Cuál habrá de ser, entonces, la incidencia colectiva motivada por la entronización de este discurso de la ciencia? Al respecto, retomemos una mención dicha como al pasar por Freud en *Fetichismo* con relación a lo que sucede cuando el trono y el altar peligran. Peligran; simplemente dice eso. Vale decir: no se plantea qué sucede ante su eventual caída, o su posible desaparición, sino que detiene fructíferamente su apreciación ante otra circunstancia: la del peligro. Pero ¿en qué sentido peligran? Peligran cuando se escucha el *Schrei*, es decir, el grito. No es que peligran efectivamente, por cuanto basta con que se diga *gritonamente* que peligran y entonces los hablantes, ilustra Freud, entran en “pánico”.

Este pánico, que efectivamente se liga con la factible disgregación de la masa sostenida hasta ese momento por los –implícitamente– mencionados líderes de las mismas, me sugirió un concepto por cuyo intermedio procuro inteligir el pasaje, si se quiere, de la escena subjetiva a la escena social. Se trata de los que nominé fetiches sociales, en virtud de que el contexto explicativo de Freud autoriza su precisa acuñación en esos términos.

Ahora bien: paradójicamente, tales fetiches sociales configuran lo contrario de la ciencia. El trono y el altar no mientan únicamente –como se deduce– al Rey y al Papa, sino que ciernen instituciones donde quienes ostentan esos cargos los desempeñan por el hecho de haber sido o elegidos por un cenáculo, como en el caso del Papa, o por filiación o tradición, como en el caso del Rey. Empero, ambos ocupan sus rangos y desenvuelven sus respectivas funciones de modo vitalicio; garantizan, por lo tanto, una estabilidad, una perdurabilidad. Y es esa constancia, ese presunto reencuentro sistemático con “la mismidad” lo esgrimido lúcidamente por Freud para comparar el trono y el altar –en tanto antidotos contra la castración– con el papel asumido por el fetiche en la vida sexual: no hay pérdida, no hay caedura, no hay finitud, pues la madre “tiene” falo. Falo corporizado metonímicamente, claro, por el fetiche.

Son fetiches sociales, y, por lo tanto, instituciones que el hablante desearía que perdurasen de manera indefinida. Por supuesto, esta consideración va más allá del trono y del altar, porque se trata de señalar una tendencialidad marcante de la convivencia social entre los hablantes. Mas ello va de la mano, de modo harto paradójico, con el sostén creencial de, y en, la actual religión secular conocida como ciencia, la cual se basa, como vimos, en la insistente provisoriedad y cancelación de sus resultados, los cuales han de ser reemplazados por lo nuevo.

Podría concebirse que esta recurrencia, esta búsqueda demandante del jefe fetichizado –quien, concebido desde esta perspectiva, resulta implicado por la pèrversion perversa– es lógicamente previa a toda indagatoria acerca de la eventual perversión clínica detectable en dicho jefe fetichizado. Al respecto, cabe localizar otra notable observación de Freud incluida en *Fantasmas históricos y su relación con la bisexualidad*. Señala allí que puede esclarecerse el porqué de los desastres cometidos por los césares romanos como gobernantes –matanzas, carnicerías sanguinarias, incendios deliberados, etc.– : lo ocurrido se debe, a su juicio, al poder omnímodo detentado por ellos. O sea: la motivación no de-



be recalar en las características patológicas que pudiesen llegar a poseer tales gobernantes, sino en la delegación indiscriminada e ilimitada de las atribuciones propias del ejercicio de sus funciones realizada en ellos por parte de sus gobernados.

Esta condición absolutista del ejercicio del poder fue la responsable, enseña Freud, del desencadenamiento de las trabas que, hasta ese entonces, lograban coagular los fantasmas de los futuros césares. Por eso, pues, los mismos llegaron a su realización, a su *efectividad*, teñida por el sesgo del goce sádico de tales fantasmas. Pensemos entonces qué se quiere decir cuando comúnmente se alude al “sensualismo del poder”: se trata de la articulación privilegiada de este último con el fantasma, y con la posibilidad, por lo tanto, de llegar a constituirse, mediante el desencadenamiento realizativo de este último, como jefe fetichizado. Vale decir: falicizado imaginariamente, encarnando de consuno la cara real del Ideal.

¿Cómo retorna este protopadre que se anhela, este jefe fetichizado? Me parece que a través del *Führer*. Entendámonos: no digo tan sólo de Hitler, sino de lo que se juega a través del lugar del *Führer* y, en particular, por el modo en que éste se relaciona, tan peculiarmente, con la ley. En efecto, basta que el *Führer* diga su palabra, y esa palabra es ley. Mas lo interesante es que ello acontece no por el hecho de tratarse de un dictador feroz o de alguien que se hubiese apropiado ilegítimamente del poder contra la voluntad del pueblo, por cuanto el *Führer* —ejemplifiquémoslo con Hitler, ahora sí— no es sino el intérprete genuino del pueblo alemán. En consecuencia, por su discurso hablaba el pueblo, obteniéndose —creencialmente, claro— una identidad poco menos que perfecta y consolidada entre los actores sociales así convocados.

Por otra parte, lo emitido como normas por el *Führer* ¿qué era? Centrándonos en la obra de un filósofo notable, Giorgio Agamben, lo marcante del *Führer* es justamente la condición revelada por lo que él emite: se trata de los *bandos*. El bando es, en tal caso, el referido vehículo que transporta la emanación de la verdad del pueblo alemán. Una categoría hartamente distinta del ‘yo me someto porque no tengo más remedio’. No se trata de sometimiento ni de un cálculo de conveniencias y/o de consecuencias, porque lo traído a la luz por medio del bando del *Führer* es como una bienvenida iluminación beatífica. No se considera, siquiera, la posibilidad de la oposición al mismo, paradójicamente ilustrada por sintagmas de este tipo: ‘bueno, soy un soldado, cumplo órdenes, más allá de que concuerde, o no, con ellas’. Por cierto, es lo que dio en llamarse en la Argentina “obediencia debida”.

No se trata de seguir el bando a pie juntillas debido a la falta de alternativas, o al diseño de una estrategia para sobrevivir, porque los receptores del mismo mantienen un acuerdo basal e indiscutible con el *Führer* en tanto emisor único y privilegiado. De tal modo, hasta los bandos instigadores de la comisión de crímenes se sustentan en la marcada desimplicación subjetiva de sus receptores, lo cual estimula su puesta en acto acrítica; esto es, carente de escrúpulos inhibitorios de la acción. Por supuesto: aludo a la tan mentada “banalidad del mal”. Así cabe concebir, entonces, una de las caras reales de la identificación de la masa con el Ideal.

*El bando es otra cosa que la ley.* En ese sentido sostengo que se puede establecer una correlación antinómica entre el bando y la noción de ley en Lacan. No se trata de la conocida ley simbólica que tan a menudo esgrimimos como orden liberador, apaciguante y sedativo, por cuanto, en la economía distributiva de los goces, más bien se evidencia que la relación con la ley no es de aplicación sino de a-bando-no. El bando, por lo tanto, es un mandato, es la enseña del soberano, es un edicto solemne e inductor de *banderías* diferenciales (lo cual también deriva de bando).

También, por supuesto, se categoriza a los opositores al bando como *bandidos*. Por lógica deducción, entonces, al generar *banderías*, el bando muestra su condición facciosa, su notoria vocación exclusionista y concentracionaria. Vale decir: al inducir facciones, proscribire y segrega. La relación política originaria, en consecuencia, no es la ley sino el bando. Por cierto, de tal forma aludimos a un mecanismo oculto, a una facticidad en el sentido lacaniano, la cual grafica la presencia de una indeseable solidaridad —y esto es difícil decirlo— entre la democracia y el totalitarismo.

¿Adónde lleva el bando? Agamben delimita y estudia una extraña figura localizable en el antiguo derecho romano: el *homo sacer*, el “[...] hombre cuya vida consagrada a Júpiter, separada del resto de las vidas de la *polis*, no puede ser sacrificada en el sentido religioso o ritua [...]”. Según Agamben, “[...] estos están separados, no son sacrificables, pero lo que sí puede el *homo sacer*, porque está fuera de la ley, es ser asesinado sin que ese asesinato constituya delito, por lo tan-

## ¿QUÉ ES CONVERGENCIA?

*Convergencia* comenzó a gestarse en 1995 por reflejar un hecho de nuestra experiencia, relativo a una atomización del movimiento psicoanalítico lacaniano.

El objetivo que se fue discutiendo en distintos países, hasta la reunión Preliminar en Barcelona, en 1997, tenía por mira la integración de un conjunto abierto en el cual sus elementos mostrasen y sostuviesen su heterogeneidad.

Con este propósito, ningún elemento del conjunto haría valer marca alguna de jerarquía o prevalencia sobre los otros. Hasta hoy, no sin obstáculos, lo seguimos sosteniendo.

Así, el 3 de octubre de 1998 se fundó bajo el nombre de *Convergencia*, movimiento lacaniano por el psicoanálisis freudiano, en la ciudad de Barcelona.

Inicialmente fue integrado por 46 Instituciones Miembro, rechazando cualquier centralismo, privilegios por antigüedad o por eventual representación proporcional entre los integrantes del conjunto.

*Convergencia* señala, al unísono, los puntos de intercambio analítico elegidos

por las Instituciones partícipes y sus distintas modalidades de enlace. Al no haber una representación proporcional al número de integrantes, cada voto corresponde a una Institución.

A fin de concretar y compartir los múltiples enlaces, se realizan periódicamente Congresos internacionales alrededor de un tema. Hasta el momento se han realizado, en febrero de 2001 el Primer Congreso en París, y en mayo de 2004 el Segundo Congreso en Río de Janeiro.

En Buenos Aires, además de intensos lazos de trabajo entre las instituciones locales y las de todo el país, la Comisión de Enlace de Buenos Aires efectivizó dichos enlaces en jornadas, ateneos, talleres, la publicación de la “Colección Convergencia” que ya tiene varios títulos en su haber, la presentación de libros, un ciclo de Reuniones Clínicas y el Primer Congreso Argentino.

En él se contó con la participación de las Instituciones psicoanalíticas de todo el país, perteneciente a *Convergencia* y con gran asistencia de analistas que produjeron un debate fecundo.

Actualmente, hemos invitado a la discusión de algunas “Cuestiones cruciales del Psicoanálisis”. En cada reunión, la Institución convocante decide el tema y forma de presentación.

to queda reducido, por la pérdida de todos sus derechos, como sucede con aquel que entra en el campo, a [...] la *nuda vida*, que sería la traducción moderna del *homo sacer*”. Es decir: no la vida regida de acuerdo con el contrato social, sino la vida abandonada, en su manera, en su facticidad. Y avanza lo siguiente: “Este mero cuerpo es aquel sobre el cual todo puede ser ejecutado, pero del que nadie va a decir que ha sido sacrificado”.

Así, no se reconoce el sacrificio ritual. Al respecto, por ejemplo, véase este eslogan-bando emitido por la última dictadura militar argentina tendiente a encubrir el aniquilamiento sistemático y planificado que reguló su accionar: ‘tan sólo se han cometido ciertos excesos en la guerra antisubversiva, tal como sucede en cualquier guerra’. Por lo cual, obviamente, ‘no hay desaparecidos’, ya que estos, directamente, ‘no están’. Pues bien, este ‘todo es posible’ —sin sacrificio alguno— caracteriza cabalmente una biopolítica totalitaria, en la cual el hablante, por supuesto, pierde sus derechos como ciudadano. O sea: es un estado de excepción, pero el punto central radica —y esto es lo notable— en que dicho estado perdura, lo cual pone en cuestión el estatuto de la aludida excepción. Ahora bien, ese estado de excepción es segregatorio por definición.

Por supuesto, al promulgarse el estado de excepción se consigna su condición de transitorio; sin embargo, justamente ese avatar viene a agrupar a los segregados en el ámbito de los campos. De ahí surge la osada tesis, la mostración de Agamben: el campo de concentración es “el paradigma biopolítico de Occidente”. Por lo tanto, dicho paradigma ya no es la ciudad, la *polis*, donde rigen los derechos de los ciudadanos. Digámoslo de otro modo: el campo aparece como el “más-Uno” de los tres componentes organizadores de la modernidad, que son territorio, Estado, y nación.

Ahora bien: al decir *campos* aludimos a los de concentración y de *exterminio*. Por cierto, la palabra nombrante no deja de encontrarse grávida de implicaciones. ¿En qué sentido? En que también ella requiere ser redefinida, por cuanto ha caído su significado en tanto orden situable por fuera de la ciudad, o vigente al concluir el trazado de la misma, según la clásica contraposición “ciudad/campo”. En efecto, no termina la ciudad y luego comienza —en términos generales— el campo porque, como bien lo sabemos los argentinos, se ha dado una suerte de retornamiento tórico que ha puesto en crisis la cuestión de los límites entre el adentro y el afuera. Véase, si no: hubo campos de concentración y de exterminio *dentro* de la ciudad; hubo, por consecuencia, un afuera dentro. Este, quizás sea otro ‘invento’ que forma parte de las atrocidades cometidas por algunos de nuestros compatriotas (?), desde el terrorismo de Estado, en contra de una ciudadanía carente de leyes a las que poder apelar para sofrenar el goce asesino de los genocidas emisores de ban-

dos omnímodos situados por encima de cualquier legalidad preexistente.

Cabe aseverar, por otra parte, que lugares en apariencia anodinos e inocentes —talleres, escuelas, fábricas, etc.— se constituyeron como sedes ocultas donde se desplegaron planificadamente crímenes y torturas aberrantes. Por lo tanto, se trata de una localización dislocante, en la medida en que no involucra a los campos tal como fuesen diseñados por los nazis, vale decir, como construcciones especiales destinadas a esos fines, si bien estos resultaban encubiertos mediante las apelaciones manifiestas a las virtudes del “trabajo” a ser desplegado en ellos.

Al respecto se podría decir: ‘esto pasa en la Argentina’; sin embargo, pasa también en otros lugares ‘supercivilizados’, donde la facticidad envolvente resulta efectiva de otro modo. Por ejemplo, sucede en las salas de espera de los aeropuertos cuando llegan los extranjeros con documentación dudosa, y son mantenidos aislados, sin ningún derecho. O sea: sin derecho a peticionar, ni a protestar, ni a ser protegidos por nada, por cuanto se hallan en una zona de nadie: a-bando-nados, a veces durante días y días, y bajo condiciones usualmente calamitosas. En ese sentido puede decirse que allí se corporiza un campo de concentración. Lo propio sucede con los inmigrantes ilegales, quienes padecen penurias y afrontan serios riesgos para encarar sus precarios viajes clandestinos. De ser capturados por las policías locales, son hacinados segregatoriamente hasta ser “devueltos” sin mayores miramientos a su país de origen.

También cabe pensar en lo que acontece en los suburbios de muchas ciudades postindustriales, donde las viviendas y sus “regulaciones” referentes a los lazos sociales allí vigentes conforman un mundo ajeno a los derechos de los ciudadanos. Por otra parte, el ascenso y la entronización del sadismo y del masoquismo como prácticas sexuales —en las que se procura la reducción del *partenaire* a la *nuda vida*, en tanto objeto de goce, entregado al Otro postulado como consistente— constituyen otro modo de encontrarse incurso en la facticidad de marras.

Conceptualicémoslo, entonces, en estos términos: se trata de poder hacerle a la *nuda vida* cualquier cosa que le viniere en gana al protopadre, al jefe fetichizado por cuyo intermedio se combate la castración a partir de sus bandos.

¿Soportarán los hablantes, en la escena social, jefes barrados y rotativos? Tal es el crucial interrogante ante el que se enfrenta el psicoanálisis al inicio de este convulsionado siglo XXI.

# Trauma, historia, repetición

Estela S. de Gurman

*Soy irónico sólo en la vida real. Razón tenía yo al pensar que la historia no es la vida real, literatura sí, y nada más. Pero la historia fue la vida real en el tiempo en que aún no podía llamarse historia.*

José Saramago. *Historia del cerco de Lisboa*

*En la Suma Teológica se niega que Dios pueda hacer que lo pasado no haya sido, pero nada se dice de la intrincada concatenación de causas y efectos, que es tan vasta y tan íntima que acaso no cabría anudar un solo hecho remoto, por insignificante que fuera, sin invalidar el presente. Modificar el pasado no es modificar un solo hecho, es anular sus consecuencias que tienden a ser infinitas.*

Jorge Luis Borges. *La otra muerte*

*El inconciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: Es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar, lo más amenudo ya está escrita en otra parte.*

Jacques Lacan. *Función y campo de la palabra*

Saramago, Borges, Lacan, y la presencia de Freud a cada instante, me acompañarán hoy, en un intento de relanzar algunas cuestiones o interrogaciones, formulaciones que se ponen en juego en nuestra práctica clínica. Todas ellas ligados en un eje que es el de la temporalidad. Y decir temporalidad en el campo del Psicoanálisis es ubicar también la marca de su posición revulsiva. Cuestión que lo hermana con la literatura, al menos la de un Borges o un Saramago.

Parto del decir de éste último: “Si la historia fue la vida real en el tiempo en que aún no podía llamarse historia”, tomándome la libertad de leer al autor con ojos de psicoanalista o mejor dicho escucharlo con oídos de ... , cabe decir que entre lo real y la historia evidentemente hay una hiancia. Al decir historia ya algo se nos ha perdido, pero también algo de eso perdido intentará recuperarse. De esa recuperación fallida dan cuenta los relatos... también los que escuchamos o se construyen en un análisis.

El texto de Saramago fue extraído de su novela “Historia del cerco de Lisboa”, cuyo tema central gira en torno a un hecho curioso, inesperado, intempestivo, y es aquello que acontece cuando un corrector literario, hasta ese momento circunspecto y correcto funcionario, altera el relato de una historia (precisamente la del Cerco de Lisboa), cambia simplemente una palabra (no es que corrige). Y donde debía ir un sí, pone un no.

Con esa alteración, re-escribe la historia.

Historia ficcional en torno a hechos acontecidos que luego del no cambian los destinos, no tan sólo de los personajes y acontecimientos de la Historia del Cerco de Lisboa, sino la historia singular del corrector. El “funcionario” merced a ese “acto” transforma su vida.

Si un corrector puede estar en el lugar de la censura, también puede ocurrir que un acto inédito pueda transformarlo en autor. Ese no lo hace advenir sujeto que se apropia de su vida; emergiendo en ese encuentro inesperado (encuentro que en la novela toma lugar en la figura de una mujer) el objeto causa de deseo.

Ahora bien, ¿siempre es posible armar una historia? ¿No acontece acaso que sabemos encontrarnos ante historias que no son historias?

Allí donde algo del tiempo parece haber quedado detenido, donde no hay circulación sino pura actualidad, donde no hay discurrir en el decir sino un puro hablar para matar el tiempo. ¿Cómo llamarlo?

Ya Freud, en el contexto de algunas de sus teorizaciones relativamente tempranas, se plantea la cuestión de lo actual (neurosis actuales). Es algo del orden de lo que no puede tramitarse por la vía de las sustituciones.

No hay “historización” posible. Quedan por fuera del proceso de subjetivización.

Norberto Ferreyra en “Trauma, duelo y tiempo” define lo actual de esta manera: “Algo es actual cuando no forma serie, cuando un elemento no puede ser sustituido por otro” y agrega “es imposible la construcción o reconstrucción de algo a partir de lo actual, porque es el rechazo de que la ausencia de sentido tenga lugar”.

¿Puede la historia incluir el sin-sentido, dar ese paso? Así parece entenderlo, al menos, Saramago.

Pero entiendo que lo actual puede llegar a ser el límite a lo historizable. Cabe aquí, y recurriendo nuevamente a Ferreyra, decir que actual no es lo mismo que presente. Y más aún: los ubica en cierta oposición en tanto que relaciona presente con acto, “lo único que hay como acto es el presente”. Y señalando que no hay nada más alejado del acto que lo actual.

Lo actual no entra en el encadenamiento que implica un pasado, un presente, un futuro. Ese collar de perlas que los engarza es la fantasía, al decir de Freud.

Estas referencias a lo actual como cuestión a trabajar y como obstáculo en nuestra clínica, apuntan también a un cierto modo de situarnos los analistas en relación a los acontecimientos de nuestra cultura. Por ejemplo, frente a la emergencia de hechos a los que rápidamente intentamos darles sentido.

Es decir: corremos el riesgo de querer historizar lo que emerge rompiendo nuestros “saberes” y queriendo acotar simbólicamente un real que se nos escapa. Este real que presenta el rostro de lo actual. Y lo actual puede cobrar distintos rostros, uno es aquel que da lugar al equívoco en que se reúne lo actual con el trauma.

Sabrán disculpar que haga ahora un breve recorrido recordatorio en torno a la cuestión del trauma. No es simplemente para hacer historia, sino para intentar despejar algunas cuestiones.

Es importante recordar que Freud define al trauma como vivencias en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales, las más de las veces de lo visto y oído. Pero impone un nexo necesario con tres condiciones: 1) aparición temprana (dentro de los primeros cinco años), 2) olvido, 3) contenido sexual-agresivo.

Al ubicar la cuestión de la aparición temprana señala de alguna manera, condiciones aún precarias de un aparato en constitución, ubicando allí tiempos necesarios en relación al lenguaje. Podríamos quizás decir hoy que el trauma implica que aún no se ha constituido el tiempo para comprender. Por lo tanto habrá menor eficacia de respuesta o de tramitación.

El otro eje es el que marca que estas vivencias tempranas tienen como destino la amnesia infantil. Destino de represión.

Una cuestión se me impone: ¿Se olvidan porque son vivencias inasimilables, traumáticas? ¿O devienen tales (traumáticas) porque ha operado el olvido, la amnesia? Y será su retorno, disparado por el “acontecimiento” segundo, segundo tiempo, el de la resignificación puberal, el que les conferirá su cualidad traumática, allí donde algo se ha organizado como tiempo para comprender. Comprender que les da cualidad de eficacia. Dicho de otro modo: ¿Existe lo traumático por fuera del efecto retroactivo?

Afirmar esto sería, a mi entender, rechazar lo más original del pensamiento freudiano en lo que hace a la concepción de una temporalidad que define el pasado desde un après-coup.

Estas consideraciones nos remiten por lo tanto a establecer una diferencia entre el orden de lo actual y el de lo traumático. De este último podemos tener algún conocimiento a partir de lo que intenta velarlo –recuerdos, fantasmas– o en sus diversos efectos –formaciones sintomáticas, inhibiciones, fobias. Pero también cicatrices narcisísticas que toman forma de rasgo de carácter. Es decir, aquello del trauma inasimilado que resta habitando el Yo.

Freud amplía esta idea del carácter y lo extiende a cuestiones relacionadas con el orden colectivo. “Moisés y la religión monoteísta” es el modelo, aunque en ese movimiento entre lo individual y lo colectivo se cuele lo dificultoso e inasimilable que se entreteje entre el sujeto y el otro (el semejante) que retomará más agudamente en “El malestar en la cultura”.

Retomando la cuestión de la temporalidad, allí queda señalada la falta de continuidad, la irrupción de los acontecimientos que serán mediados por el llamado tiempo de latencia (¿tiempo en suspensión?), hiancia cavada por la represión. Efecto demorado, llamará, a lo que del trauma hará signo.

Isidoro Gurman, en un escrito sobre trauma y transferencia, nos dice lo siguiente: “Si definimos al trauma como aquello que quedó congelado o retenido en un momento de la vida, donde un sujeto careció de respuesta ante un determinado hecho, el trauma así considerado es lo que no aconteció y que por lo tanto insistirá”.

Trauma y compulsión repetitiva encontrarán su articulación. Aquí podríamos agregar que si el trauma insiste vía compulsión repetitiva, lo que designamos como actual persiste. Persistencia es constancia, lo que dura largamente. Pura continuidad. Fuera del tiempo. Esta continuidad ¿será la marca de lo que no ha admitido ser historizado?

Entiendo que esta relación con lo a-temporal nos abre a diversas cuestiones. Entre otras si este puro actual que, como

señalamos antes, no es puro presente, evidentemente no corresponde a la a-temporalidad del proceso primario, ¿entonces, qué?

Otra cuestión: si hemos mencionado lo que puede entrar en el campo de la “historia” ¿qué de lo pre-histórico? Idea insistente en la obra freudiana. ¿Qué significa eso que queda como enigma? (recordemos los artículos sobre sexualidad femenina.)

Si bien la idea de herencia filogenética no nos satisface ¿qué de eso anterior a la historia vivida por el sujeto, que no entra en el archivo de las fantasías primordiales y que insiste como una suerte de Destino a través de varias generaciones?

Alain Didier-Weil habla de una transmisión que opera bajo la forma de marcas, las llama así, a diferencia de la transmisión significante.

Cito: “Esta disimetría entre el poder de lo real y el de lo simbólico, toma modalidades antagónicas según las cuales se transmiten simbólico y real: aún cuando lo simbólico, que se transmite por la ley de la palabra, nombrando una división de lo real, tiende a hacerlo existir a lo simbólico de suerte que allí no pueda haber contacto entre el sujeto y lo real, lo real se transmite inversamente por un punto topológico, que habiendo escapado al poder de la palabra, es puesto en posición de transmitirse a través de la ‘percepción interna’ por un contacto entre él y el sujeto”.

Hemos dicho que algo de lo real del trauma puede insistir vía compulsión repetitiva, pero esta “transmisión” de lo real parecería tener otro status. En el contexto de lo expresado por D. Weil, se trataría de una de las formas en que se presenta algo del Super-Yo. De un Super-Yo que no sería ajeno a aquel que Freud indica como albergando la pulsión de muerte. ¿Será eso el Destino?

Así al menos nos lo permite pensar también Paul Laurent Assoun al decir “el Destino podría ser la puesta en escritura-existencial de la pulsión de muerte que organiza la relación con el otro en la repetición”.

Destino, pulsión de muerte, Super-Yo. Tres figuras en que la dimensión del tiempo nos reencuentra en un recorrido peculiar, que invierte toda relación con cualquier cronología posible.

Ajenidad del sujeto respecto a los acontecimientos de su vida que parecen quedar ordenados bajo la égida de un Otro que parecería no tener existencia histórica, pero al que se le supone consistencia.

Destino será también el nombre que intenta eludir la presencia de la contingencia y el azar, de todo aquello que parece escapar a esa otredad consistente, y que puede tomar las diversas formas del sin-sentido.

En una reciente presentación de enfermos en el Hospital Moyano, María, de 23 años, ante una pregunta formulada acerca de qué pensaba que podría ocurrirle si la madre dejaba de estar (las voces que María oía le decían entre otras cosas que la matarían a ella y/o a la mamá), responde “Si Dios se la llevara, bueno ... (suspiró resignada), ahora: si le pasara algo, sería terrible para mí ...”

Poder ubicar una causa en algún Otro más o menos “recortable” no es lo mismo que algo advenga como si estuviera por fuera de toda causa.

Cuando el grado de indeterminación se torna una presencia insostenible tanto para quien la padece como para quien escucha el padecimiento (individual o colectivo), la necesidad de apelar a una causa que supuestamente daría cuenta de los efectos vividos, o de ubicar la responsabilidad en algún agente posible o sin más, de referir la cuestión a algún supuesto trauma de origen, parece hacerse necesario. Dicho de otro modo se torna necesaria la idea de necesidad (lógica, racional) aunque esta necesidad pueda incluso adoptar el rostro del Destino.

El azar parece ir de la mano de una sensación de desamparo. Y eso es lo que no se tolera.

Muchas veces las teorías vienen a ocupar el lugar que cierra o contornea ese agujero.

Invitamos a los psicoanalistas que se sientan convocados por los objetivos que nos animan: la transmisión y difusión del psicoanálisis, a participar en los Grupos, Congresos, Actividades, Jornadas u otros eventos que se organicen.

## PROBLEMAS CRUCIALES DEL PSICOANÁLISIS

Mantener al día las cuestiones cruciales del psicoanálisis es necesario para quienes están comprometidos en su praxis como discurso. Convergencia es un movimiento donde esto aspira a realizarse. Por esta razón la Comisión de Enlace de Buenos Aires (CEBA) organizó un ciclo en el cual cada una de las instituciones que la componen realizará un debate acerca del problema crucial que privilegia en ese momento

### 2004

24/ABRIL	CEBA	Variantes de la cura tipo
26/JUNIO	Agrupo	Interrupciones de análisis
23/OCTUBRE	EFBA	La formación del analista. Pasaje de analizante a analista
11/DICIEMBRE	Triempo	¿Qué es lo que se lee en la cura psicoanalítica?

### 2005

23/ABRIL	Círculo Psicoanalítico Freudiano
23/JUNIO	letra
27/AGOSTO	Mayéutica
22/OCTUBRE	IPBA
3/DICIEMBRE	EFA

## Libros de la Colección Convergencia

El lugar del psicoanálisis en la cultura. Algunas convergencias  
El Sinthome. Consecuencias clínicas  
Lecturas de "Los 4 conceptos fundamentales del psicoanálisis"

Elección sexual. Jornada de Trabajo  
El psicoanálisis como experiencia. Coloquio en Buenos Aires

## GRUPOS DE TRABAJO

- „ Psicosis y perversión.
- „ El pasaje adolescente. Segundo tiempo de la sexualidad.
- „ Seminario *El reverso del psicoanálisis*.
- „ Sobre el Seminario XXIII. *El Sinthome*.
- „ Espacio de los niños.
- „ Discusiones clínicas.
- „ La clínica del Superyo.
- „ Psicoanálisis y psicosis. Presentación de enfermos.
- „ Clínica con niños y adolescentes.
- „ La eficacia del psicoanálisis.
- „ Condiciones y alcance de la controversia en psicoanálisis.
- „ *Espacio 52* Investigación sobre los problemas que presentan a la clínica psicoanalítica los llamados pacientes graves.
- „ *Psychanalystes à la Recherche*.
- „ Discusión clínica.
- „ La Marca del Caso.
- „ *L'etourdit*.
- „ Sobre el Seminario II de Lacan *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*.
- „ Acerca del Seminario *Encore*, de Lacan”.
- „ Lo femenino en la Biblia.
- „ La letra y el Nombre del Padre.
- „ Psicoanálisis e ideología.
- „ Los Nombre-del-Padre en la clínica psicoanalítica.
- „ La cuestión del mal.

### STAFF

COMISIÓN EDITORIAL: Enrique Tenenbaum - Daniel Zimmerman  
Paulina Labovsky - Estela Gurman - Mara Musolino - Clelia Conde

COLABORADORES: Roberto Harari - Estela Gurman

LALENGUA: R. Peña 58 10º “64” (1020) Ciudad Autónoma de Bs. As.  
Tel.: 4373-5713 / virtual@sion.com  
www.convergenciafreudlacan.org

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite

DISEÑO Y PRODUCCIÓN GRÁFICA:  
GABRIELA COSIN  
gabyjuan@ciudad.com.ar

IMPRESO EN AGENCIA CID  
AV. DE MAYO 666  
4331-5050/4343-0886